

estas ocurrencias, que son dictadas por la loca alegría de que estoy poseído.

Me voy á mi camarote para preparar mi equipage para la salida á tierra.

Adios.

XLII

Hemflour, Agosto 9 de 1868.

MARIA QUÉRIDA.

Es de noche; y mientras llega la hora de tomar el tren para Paris, que sale á las nueve, te apuntaré brevemente las impresiones de este dia, que á la verdad han sido muy agradables.

A las doce del dia en punto atracó el vapor en el muelle, al que afluyeron multitud de curiosos.

Al poner el pié en tierra ¡oh! me faltan palabras para expresarte la suprema felicidad, la emoción mas grata que experimenté al pisar, por fin, el suelo de Europa; casi sentia humedecer mis ojos é interiormente elevé un himno al Todopoderoso porque me habia conducido al término de mis deseos.

Comenzaron á salir los pasajeros y entre éstos, un francés y un alemán, ambos residentes en Mazatlan hacia mas de veinte años y con quienes hice amistad al entrar ellos á bordo en el puerto de Manzanillo.

Como tú sabes la manía de la mayor parte de los extrangeros en deturpar el país en donde viven y en el que tal vez hacen su fortuna, mis hombres, cuando aun veniamos en el Pacífico, suscitaron la conversacion sobre el pésimo servicio de las aduanas de México y los vejámenes de sus empleados, cuando un pasajero llegaba á una poblacion. Yo los oía con la mortificacion consiguiente y, como no conocia aun

los guardas de otros países, no salia á la defensa de los de mi patria.

Hago esta digresion para que tengas un antecedente de lo que pasó al desembarcar con el referido francés, que fué lo siguiente: al poner éste el pié en el muelle, fué detenido por los empleados de la aduana para hacer un examen minucioso de su equipage hasta hacer plaza con todos sus efectos. El protestaba y renegaba; pero no habia remedio, los empleados franceses seguian impertérritos sus pesquisas inquisitoriales, apoderándose por último, de unas pistolas, de algunas alhajas y otras piezas de ropa nueva que se llevaron irremisiblemente. Mi francés estaba furioso y rojo de vergüenza porque yo presenciaba la operacion y, sin duda, recordaba la crítica que habia hecho de los guardas de México.

Yo me alegraba de ver la turbacion del francés, porque veia que sus paisanos lo trataban peor que los míos y ésta era mi venganza.

Terminado el registro de los equipa-

ges, nos dirigimos al hotel; almorzamos y nos dispusimos á salir á recorrer la ciudad.

Como era Domingo, se veían paseando por las calles, multitud de campesinos de ambos sexos, y sin admiracion no tenía limites al ver sus trages raros y el peinado de las mugeres, así como sus tipos.

La situacion de la ciudad es de lo mas pintoresca que darse pueda porque toda ella presenta un anfiteatro de edificios y jardines que haciendo un círculo concéntrico en ascenso, rematan sus calles en una plataforma un poco elevada y extensa; á medida que el paseante va ascendiendo, se le presenta á sus piés el panorama de la poblacion, adelante el Sena, al horizonte, el Havre y al Norte el Océano. Este panorama va aumentando su interés y sus dimensiones, al paso que se toma mayor altura hasta llegar al plano superior, en el que hay una iglesia ó Santuario de una vírgen muy venerada.

Tambien allí, como en México, se

mira á la puerta, á una señora sentada, con su mesa delante, vendiendo rosarios, escapularios y estampas, así como en el interior hay multitud de retablos y otros objetos que testifican los milagros que ha hecho la divina imágen.

Frente de la fachada de este templo, hay una extensa plaza y, á su derredor, se miran aquí y allí, casitas de campo y barracas cubiertas de enredadera, con su mesa y bancos rústicos en las que se toman refrescos.

Entramos á una de éstas y despues de tomar asiento, salió corriendo de la casita de enfrente una jovencita á preguntarnos que era lo que deseábamos tomar. Mis compañeros que estaban mas al tanto de las costumbres del país, pidieron un jarro de Cidra: en efecto, llegó á poco la muchacha, trayendo una buena porcion de este vino sabroso de manzana y vasos suficientes.

Francamente, á mí me agradó mucho esta bebida, tanto, que algunas tardes acostumbraba tomarla en Paris, porque es muy fresca y agradable.

Inútil es manifestar, querida María, las sentidas emociones de gozo que experimenté al encontrarme en este París encantado, cuyas maravillas se iban á poner de manifiesto en los días que permaneciese en su recinto; mas, para proceder con órden, debo hablar algo sobre mi viage.

En Europa hay la circunstancia de que rara vez el tren en que se sale para algun punto, llegue directamente á él; casi siempre se va cambiando en cada estacion y esto no deja de ser molesto para los viajeros que por primera vez se lanzan á hacer un viage sin saber en qué estacion deben hacer el cambio, ni cuál es el tren que les corresponde, de los muchos que están allí instalados y que se dirigen para varias ciudades.

Personas hay que ignorando esta circunstancia, siguen en el primer tren, ó toman otro diverso del que les corresponde y, contra su voluntad, van á resultar á otra poblacion, sufriendo con esto un grave trastorno en su tiempo y

en su equipage y teniendo que erogar nuevos gastos para regresar al punto de su destino.

Mis dos compañeros me sirvieron muchísimo sobre este particular, pues ellos, como prácticos, me indicaban lo que debia hacer, tanto mas que llevaban el mismo camino.

A las cinco de la mañana del 10 de Agosto, se divisaron las primeras casas de los suburbios de Paris y, no sé como expresar el interno gozo que experimentaba al encontrarme en la ciudad, que de años atras habia deseado conocer; asomaba la cabeza repetidas veces por las ventanas del wagon y mas crecia mi emocion al descubrir nuevos y mas grandiosos edificios, hasta que finalmente, se oyó el ruido que hacian las planchas de hierro de la estacion, al entrar la locomotora y, desde luego, nos preparamos á bajar y tomar nuestro carruage para entrar á la ciudad.

Serian las seis de la mañana cuando llegamos al hotel de la Terrasse, situa-

do junto al pasage Joufroy en el Boulevard Mormatre.

Devorado por el deseo de conocer la gran ciudad, tan pronto como tomé un ligero desayuno, salí á recorrerla en todas direcciones y todo me volvia ojos para ver y admirar sus monumentos, calles espaciosas, sus alegres Boulevarts, sus magníficos jardines y el gran movimiento de su poblacion.

Paris, como tú sabes, es el empório del mundo, es la ciudad modelo; las muchas descripciones que se han hecho de ella y de las que algunas conoces, me relevan de la árdua tarea de hacer-te una descripcion en toda forma, que francamente no seria capaz de realizar por mi incapacidad; básteme contarte de una manera heterogénea lo que mas me agradó y me causó mas hondas impresiones, pues entrando en algunos detalles al parecer insignificantes, adquirirás conocimiento de cosas que los autores de viages han dejado en el tintero por creerlas triviales y que no debian entrar en parangon con las maravillas

de una metrópoli, sin embargo de que esas tienen su interés y forman el todo de las costumbres y modo de ser de un pueblo; por esto, pues, no creo que sea malo darlas á conocer para que en dado caso, que tú ó algunos de mis amigos intenten hacer un viage, sepan á qué atenerse y la noticia de pequeños pormenores, sea como un cicerone ó un guia que les enseñe y ponga de manifiesto como deben proceder.

En los dos dias que llevo aquí, no he descansado un instante: me levanto á las cinco de la mañana y me acuesto á las doce de la noche; todo el tiempo lo empleo en recorrer calles y plazas, ya andando á pié ó ya en carruage, tomando un coche ó uno de los veinte mil ómnibus que corren de extremo á extremo de la ciudad, cuyo pasage cuesta seis céntimos dentro y tres sobre el techo; yo eligia esta localidad para ir mirando libremente todos los objetos y, cuando al paso encontraba algun monumento notable, un templo ó un jardin, echaba pié á tierra y me detenia á

contemplar á mi sabor todas esas maravillas; seguia entonces mi paseo pedestre y cuando lo apetecia, tomaba asiento en alguna de las muchas bancas de hierro de que están ornados los Boulevarts y ahí, á la sombra de un chopo ú otro árbol, contemplaba la gente que iba y venia por las anchas aceras, deleitándome en esa gracia y donaire exclusivos de las francesas que llevan el trage y calzado con marcada coquetería.

Seguia mi camino, parando la atención en todo y causándome como era natural, novedad y admiración, el modo artístico y agradable que los franceses tienen para arreglar y producir efecto en sus edificios, monumentos y jardines; almuerzo y como en donde me coge la hora, porque de hacerlo en mi hotel, perderia un tiempo precioso en ir y venir y mas cuando me encuentro á gran distancia.

Esta costumbre he seguido en todas las ciudades que he visitado porque de esta manera no hay la servidumbre de

tener que llegar precisamente al hotel á la hora que se come en mesa redonda, sopena de llegar tarde ó tener que emprender un camino largo, dejando pendiente un negocio ó un paseo. De este modo, he tenido mas libertad, he visto mas y no he perdido el tiempo.

Una de mis primeras ocupaciones, ha sido la agradable de visitar el Museo del Louvre, pues es lo mas interesante para mí en orden á enriquecer mi mente con los caudales de las obras maestras que allí se miran; pero como solamente llevo dos dias de estar en Paris, como he dicho, y hay tantos objetos que llaman la atención, el Museo del Louvre, ha sido recorrido por mí de una manera rápida y en globo, sin detenerme lo suficiente para hacer un examen analítico de las referidas obras; pero como debo permanecer algunos dias en esta ciudad, visitaré diariamente el Museo, así como el Lussembourgo y Versailles, para conseguir el objeto que me propongo y darte así mismo, detalles minuciosos de todo lo que vea.

Te diré por último, antes de cerrar esta carta, que esta noche á las ocho, me entré á un café cantante de los varios que hay en los Campos Eliseos para gozar un momento de la representación de una zarzuela que se daba.

Estos cafés son muy pintorescos, porque generalmente están rodeados de un ameno jardín iluminado profusamente de gaz, formando florones y arabescos. Aquí y ahí se miran multitud de mesas y sillas para los concurrentes, que por un helado, con café ú otro licor que cuesta un franco, tienen derecho á ver el espectáculo, si gusta, hasta media noche.

El teatro está adornado vistosamente con una decoracion campestre y ademas, seis ú ocho sílfides que, medio vestidas de fantasia, yacen sentadas ó medio reclinadas en los peñascos y troncos de los árboles, dando el conjunto un aspecto simpático.

Las funciones favoritas en estos pequeños teatros, son en general: Vaudevilles, bailes mezclados de cantos na-

cionales y pantomimas, siempre con esa sal francesa y sus ribetes colorados, que es mas bien, lo que atrae á los parroquianos.

Cierro la presente, amiga mia, para extenderme un poco mas en la próxima.

Adios.